

Un nuevo «Idolo cilindro oculado» del Cerro de las Vacas (Lebrija, Sevilla)

ANTONIO CARO BELLIDO *

I. EL YACIMIENTO

Situación

El «Cerro de las Vacas» es un conjunto de alturas situadas a 2,5 km. al N de la población de Trebujena (Cádiz), y a 8 al SO de la de Lebrija (Sevilla), perteneciendo al término municipal de esta última, siendo la zona más extrema de la provincia de Sevilla en dirección Suroccidental.

Descripción y características

Se trata de un gran yacimiento del «borde de Las Marismas»¹ en la margen izquierda del Guadalquivir, estando emplazado, como es usual, en uno de los cerros de altura media que tan claramente definen el dicho borde.

La importancia de aquél es consecuencia de un doble hecho:

1. El encontrarse en una zona privilegiada, el Bajo Guadalquivir, marco geográfico en el que se desarrollan las culturas que a partir del Calcolítico, marcaran la pauta en todo el SO durante más de tres milenios.

2. Sus particulares condiciones topográficas y de emplazamiento, que harán que el enclave que nos ocupa:

— Constituya una verdadera fortaleza natural. En la Antigüedad formaba un promontorio, rodeado casi totalmente por las aguas, cuyas laderas N y NE eran auténticos acantilados.

— Se trate de un punto vital a la hora de calibrar las posibilidades de navegabilidad, ya que además de emplazarse en el frente costero propiamente dicho lo flanqueaban los antiguos «canales de marea» hoy denominados «Caño de Trebujena»² —vía depresionaria que iba a Asta Regia— «Caño de la Albina»³ y «Caño Gordo», que confluían al pie de la ladera N.

Breve reseña histórica

El análisis del abundante material arqueológico que desde hace años y tras las labores agrícolas, viene hallándose en superficie, así como el recogido por nosotros en prospección revela la importancia del yacimiento.

El «Cerro de las Vacas» conoce su primer poblamiento, con carácter estable, a principios del Calcolítico, probablemente en fecha cercana al 3.000 a. de C., dentro de una tendencia general por la que gentes de vieja raíz neolítica, que poblaban las sierras, se instalan en el valle y zonas bajas inaugu-

dad se inundaban con las aguas de lluvia. El constante fenómeno de aluvionamiento ha hecho que dichas depresiones resulten prácticamente imperceptibles.

— Los «lucios» eran igualmente conjuntos depresionarios aunque más individualizados, a modo de pequeñas lagunas. Algunos tuvieron su origen en meandros formados por los «canales de marea».

— «Vetas y vetones». Son las tierras más altas, pequeños cerros perfectamente diferenciados del conjunto de las tierras llanas, aunque el aluvionamiento, con el tiempo, ha producido una nivelación en el paisaje cada vez más neta.

³ «Albina» es el nombre con que se conocen Las Marismas desde el Renacimiento hasta el XIX. Igualmente los caños eran conocidos por «albinas».

* Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Cádiz.

¹ El término «borde» viene empleándose para designar la banda de cerros de altura media que enmarcan las tierras de marismas, delimitándolas de las de labor.

Las recientes obras de drenaje desalinización han hecho que el paisaje marismeño quede reducido a zonas muy concretas, que pronto serán recuperadas y puestas en cultivo.

² En el monótono relieve marismeño son diferenciables los siguientes conjuntos:

— Los «caños», vías depresionarias que en la Antigüedad actuaban de canales de marea. Incluso en época medieval eran explotados desde el punto de vista piscícola y hasta casi la actuali-

rando un tipo de hábitat al aire libre, en poblado ⁴. En este acontecimiento debió jugar un papel vital la cercana Sierra de Gibalbín, poblada desde el Neolítico, única altura de entidad que domina Las Marismas ⁵. Aunque resulte innegable la llegada de grupos y culturas exteriores, mediterráneas y venidas por mar, creemos que la base fundamental en el poblamiento calcolítico del borde marismeno la constituye, según se apuntó, el papel ejercido por el elemento indígena ⁶.

Las poblaciones que a partir del Calcolítico se fijan en el dicho borde, elegirán para la ubicación de sus hábitats los cerros de altura media que tan netamente definen a aquél, bien los situados en el frente costero propiamente dicho, bien los que flanqueaban las vías depresionarias que penetraban hacia el interior de las tierras (rías). Las Marismas constituían entonces un amplio golfo marino, luego denominado en las fuentes «sinus Tartesius» (Ora 265) y «lacus Ligustinus» (Ora 284) ⁷, cuya explotación será el principal «sentido de ser» de los hábitats emplazados en el borde, ya que aquélla supondrá:

— Una importante fuente de recursos de carácter alimentario (peces, moluscos, sal, etc.).

— La principal vía de comunicación. Ella posibilitará la navegación y el comercio y permitirá la recepción de pueblos y culturas de la más variable índole.

Este «vivir de cara a la marisma» llegará a ser una constante zonal por lo menos hasta el momento visigodo.

Entrado ya el Bronce Medio (1.800 ó 1.700 al 1.100 a. de C.), Las Marismas asistirán a un «fuerte cambio» debido fundamentalmente a los efectos producidos por:

⁴ Ver nuestro artículo: *Notas sobre el Calcolítico y el Bronce en el borde de Las Marismas de la margen izquierda del Guadalquivir*. Rev. Gades, IX (en prensa).

⁵ Gibalbín, de gebel-monte y albina-marisma (s). El topónimo «Monte de la Marisma» es probable sea arcaico, quizás pre-romano. Avieno (Ora 291) cita un monte «al pie de la marisma» (ligustina), que no puede ser otro que Gibalbín aunque lo llama «Argentario», creemos que por error o confusión respecto al primitivo texto.

⁶ Suele hablarse con demasiada libertad de «colonizaciones egeas» para justificar la presencia en este momento de determinados elementos de orden material. Sin negar la presencia de objetos «exóticos» así como la de otros de probable influencia de culturas del Mediterráneo Oriental, nos parece aventurado emplear términos como «colonias» y «colonizaciones».

— Una contracción climática acusada (escasez de lluvias, aumento de las temperaturas, etc.).

— Un descenso del nivel de las aguas marinas en el que jugó un papel vital la contracción climática aludida. Además, es posible se añadieran movimientos debidos a la Isostasia.

El paisaje se transformó preluando momentos muy posteriores. Aquel golfo pareció aletargarse dando la impresión de una amplia laguna litoral. Sólo las zonas más bajas aparecerían cubiertas durante la marea baja y las «vetas» quedarían libres de las aguas incluso en la pleamar, al menos las más acusadas. Ante esta nueva situación parte de las gentes que poblaban los grandes enclaves del borde, esencialmente marineras, se atreven a internarse en la «marisma», fijando sus poblados en las «vetas», particularmente en las situadas cercanas a aquél, mucho más seguras. Este hecho da lugar a la formación de dos bandas de poblamiento:

— Una antigua, fijada a los cerros de la costa con una serie de núcleos que seguirán marcando la pauta.

— Otra «de avanzadilla», en tanto que la forman enclaves de vanguardia marismenos cuya vida dependerá de una especial coyuntura.

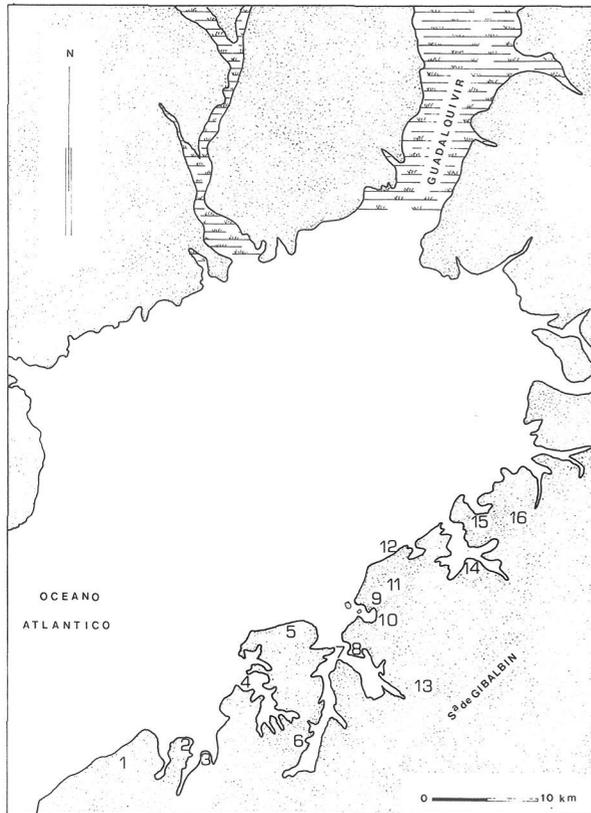
Superada la fase de contracción climática, ya iniciado el Bronce Final, el «Cerro de las Vacas» asistirá a una etapa de florecimiento, común a la de otros hábitats del Bajo Guadalquivir, que será neta en todo el momento Bronce Final - colonizaciones (1.100 al s. VI a. de C.). Las Marismas se convertirán en el eje económico y poblacional del SO hispano, y sin ella resultaría difícil concebir la gestación y el posterior desarrollo del «mundo tartesio». Los grandes asentamientos del borde adquirirán categoría de ciudad potenciados, ahora más que nunca, gracias

⁷ Los términos «sinus» y «lacus» no son de ninguna forma equiparables en el tiempo. «Sinus» es del Periplo y responde en su momento (s. VI a. de C.) a una situación real: la existencia de un golfo atlántico que ocupaba la depresión formada por Las Marismas. El término «lacus» resultaría erróneo emplearlo en tiempo del Periplo, pero exacto en el s. IV de C. momento en que escribe R. Festo Avieno su «Ora Maritima».

La navegación en el Lago Ligustino fue posible hasta el s. VI de C., incluso en las rías, como lo prueba la embarcación encontrada en 1958 en las Marismas de las Mesas (cerca de la antigua ciudad de Asta Regia) fechada recientemente por el C₁₄: 580 ± 90 de C. Naturalmente aquélla resultaba ya muy precaria.

al dinamismo consecuente de las relaciones entre indígenas y colonizadores semitas. Será en esos núcleos entre los que destacan El Cerro del Castillo

(Lebrija), Mesas de Asta, Quincena y el propio Cerro de las Vacas donde se localice más claramente el impacto oriental por la presencia de cerámicas a torno policromas, de barniz rojo, gris de Occidente, cuentas de pasta vítrea, etc. El borde será el marco fundamental en las relaciones entre aquellos dos mundos y jugará un papel vital a la hora de calibrar el fenómeno de aculturación (Ver láms. I y II).



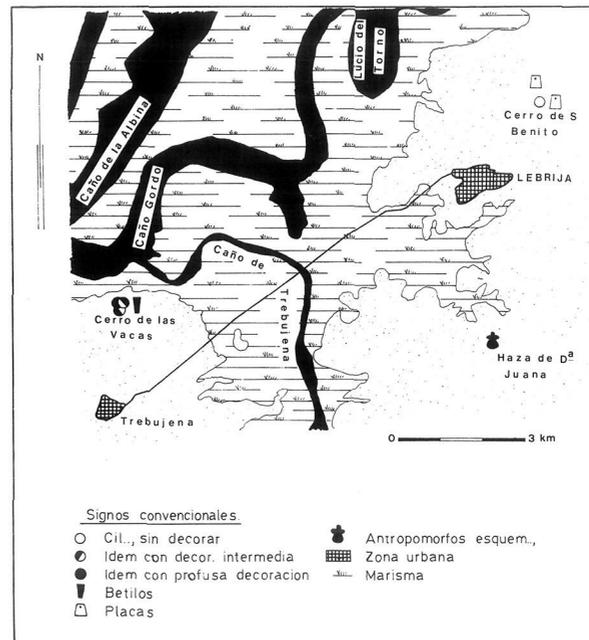
LÁM. I. Plano de yacimientos del Calcolítico-Bronce en el borde de las marismas del Guadalquivir, margen izquierda.

Signos explicativos a la lámina I.

-  Antigua banda costera, hoy «borde marismeño».
-  Area ocupada por las aguas oceánicas.
-  Estuarios.

1-16. Lugares de ubicación de los «hábitats».

1. Sanlúcar de Barrameda (Cádiz).
2. Cortijo de Eborra (Cádiz).
3. La Ventosilla.
4. Rajaldabas (Cádiz).
5. Cerro de las Vacas (Sevilla).
6. Mesas de Asta (Cádiz).
7. Caño de Trebujena (Sevilla).
8. Quincena (Sevilla).
9. Cerro del Castillo, Lebrija (Sevilla).
10. Mesa de Cataño (Sevilla).
11. Cerro de San Benito (Sevilla).
12. Veta de la Arena (Sevilla).
13. Fuente de la Salud (Cádiz).
14. La Sepultura (Sevilla).
15. Merlina (Sevilla).
16. Las Cabezas de San Juan (Sevilla).



LÁM. II. Plano de dispersión de los ídolos calcolíticos en la zona de Lebrija.

El momento ibérico supondrá la continuación de las bases fijadas por el mundo tartesio, aunque hay un mayor papel de lo netamente indígena. El proceso urbanístico se acentúa. La agricultura, las industrias de salazón y el comercio continuaron potenciándose gracias, sobre todo, a la fácil navegabilidad de los «esteros».

Probablemente el «Oppidum» de Colobona, Colobana o Conoba estuvo ubicado en el «Cerro de las Vacas».

A. Schulten, en su supuesta colonización griega arcaica en el epicentro del territorio de Tartessos,

creyó a «Kolobona» fundación caria⁸, teoría hoy insostenible. A. García y Bellido la sitúa en Mesa de Bolaños, entre Jerez de la Frontera y el Puerto de Santa María⁹ y, más acertadamente, J. M.^a Blázquez entre Nabrisa y Asta Regia, probablemente con base a Plinio¹⁰ o a R. Caro, identificándola además, con Conoba¹¹. V. García de Diego recoge una interesante cita de El Nubiense en la que se dice estaba en el «Portus Tarbisana» (o Tarbaçana)¹² cercano a la actual población de Trebujena, esta última de origen medieval, lo que parece apuntar a nuestro supuesto así como la inscripción de Lebrija recogida en el «Corpus» (C.I.L., II, 1294) en la que según A. Balil debe leerse «ex concensu populi Conoba (-riae)». En las monedas aparece bajo la forma CVNB-ARIA (Cunubaria o Conobaria) presentando en reverso un pez, hecho que ayuda a su localización en los «esteros»¹³.

Pero independientemente que Colobana estuviese ubicada en el Cerro de las Vacas, lo cierto es que en este cerro existió un enclave de extraordinaria importancia dentro del «estero de Nabrisa»¹⁴, no sólo por las posibilidades para la navegación sino, además, por hacer de llave de paso de la vía depressionaria que se abría hacia Asta Regia —junto con el «oppidum» de Nabrisa situado igualmente a la entrada y en lado opuesto— y por tanto ejercía el control de los importantes enclaves que jalonaban ambas orillas de la vía antes citada.

El impacto romano en nuestro yacimiento debió producirse tempranamente a juzgar por la presencia

de cerámicas «campanienses» tal como sucede en las ciudades y poblados de entidad del Bajo Guadalquivir, y así ya en el s. I a. de C. se asiste a un florecimiento del que dan fe tanto los textos¹⁵ como los materiales arqueológicos. Pero será en los s. I y II de nuestra Era cuando se alcanzará el culmen: la producción en el campo —estructurado en «villas» propiamente dichas— será máxima, particularmente en aceite y vino, al igual que en lo que respecta al aprovechamiento de los productos del mar, potenciándose las industrias de transformación (salazones), ya famosas en época púnica¹⁶. Como indican Strabon y otros autores esta riqueza quedaba duplicada por la exportación¹⁷ y particularmente favorecida por la fácil navegabilidad de los «esteros»¹⁸. La centralización del gran comercio por parte de ciudades como Nabrisa, Asta, la propia Colobana y otras, con buenos puertos, debió continuar aunque existían, además, embarcaderos en otros enclaves de menos entidad, como hemos podido comprobar¹⁹.

La «crisis del s. III» no parece afectar demasiado ni al yacimiento ni a la zona de los «esteros» en general, al menos los materiales no señalan una evidente recesión poblacional ni económica. Entrado el s. IV, quizás hacia su final, se iniciará un proceso que venimos denominando de «repliegue hacia el interior» y que será neto a fines de época visigoda. La mayor parte de los núcleos poblacionales emplazados en el «borde» entrarán en una progresiva crisis, cuyo principal causante, independientemente de fenómenos de orden coyuntural, será la transformación del me-

⁸ A. SCHULTEN: *Tartessos*. Madrid 1972, pág. 53. Según el autor alemán hubo, además de Kolobona, otras fundaciones en la misma zona como «Karissa» (Carija) y Nabrisa (Lebrija).

⁹ A. GARCÍA Y BELLIDO: *La España del s. I de nuestra Era (según P. Mela y C. Plinio)*. Madrid 1977, pág. 224.

¹⁰ C. PLINIO: *Nat. Hist.* III, 11. Dice textualmente... «Y dentro del estuario del Betis los oppida de Nabrisa, sobre nombrada Veneria, y Colobana; las colonias de Hasta...».

¹¹ Ver A. TOVAR: *Iberische Landeskunde, I (Baetica)*. Baden-Baden 1974, pág. 148.

¹² V. GARCÍA DE DIEGO: *Toponimia de la zona de Jerez de la Frontera*. Jerez de la Frontera 1972, pág. 33.

¹³ Se trata de semises (Cu) (3,7 grs.).

Anverso: Cabeza viril a derecha, detrás S.

Reverso: Pez (seguramente un atún) a derecha, encima CVNB, debajo ARIA.

¹⁴ STRABON: *geog.* III, 1, 9; III, 2, 5.

¹⁵ Resulta fundamental al respecto el testimonio de Strabon. Para la navegabilidad en los esteros: *Geog.* III, 1, 9; III, 2; III, 2, 2; III, 2, 4; III, 2, 5; III, 3, 1; III, 3, 7; III, 4, 20. Para el comer-

cio: III, 1, 8; III, 2, 2; III, 2, 3; III, 2, 4; III, 2, 5; III, 2, 6; III, 4, 2. Tras la conquista de la Baetica por Roma, en los primeros momentos, en el área de los esteros sólo se ocupan y controlan realmente las ciudades y los poblados de entidad con interés militar y, sobre todo, económico. La presencia en el campo y la definitiva estructuración de éste en «villas» propiamente dichas no tendrá lugar, por lo menos, hasta el cambio de Era.

¹⁶ A. GARCÍA Y BELLIDO: «Las industrias de conserva y salazón de pescado», en *Veinticinco estampas de la España Antigua*. Madrid 1967, págs. 158-165.

¹⁷ Idem nota 15.

¹⁸ Idem nota 15.

¹⁹ En yacimientos del «estero de Nabrisa» tales como La Higuera, cercano al Cerro de las Vacas, Las Playas, Hoyo de la Burra, Viña de los Socios y otros, hemos comprobado la existencia de embarcaderos o muelles al realizar nuestro estudio: *Contribución a la carta arqueológica del Guadalquivir: El término municipal de Lebrija (Sevilla)* —inédito— que presentamos como Tesis de Licenciatura, bajo la dirección del prof. Pellicer Catalán, en Sevilla en octubre de 1981.

dio: el «Lago Ligustino» que cantara Avieno en su «Ora Marítima» (s. IV d. C.), irá poco a poco convirtiéndose en una laguna cuya navegación de ribera sólo será posible, de forma precaria, a través de los «caños»²⁰. Este cambio en las condiciones que el espacio geográfico ofrecía, obligará a una forma nueva de entender el hábitat y la economía. Habrá una fuerte contracción que afectará notablemente al poblamiento y a la producción, y se perderá definitivamente aquel dinamismo que caracterizó al «borde» durante siglos. El fenómeno será de tal magnitud que algunos de los enclaves se abandonan, otros se atrofian y otros, como es el caso de Cerro de las Vacas, pierden el carácter de poblado para quedar reducidos a meras explotaciones agrarias.

II. CALCOLÍTICO Y RELIGIOSIDAD

Religiosidad e «ídolos»

Resulta particularmente difícil la reconstrucción de los aspectos religiosos y del orden de las ideas, ya que sólo podemos abordarlos a partir de una serie de objetos en los cuales su utilidad y significado no resultan del todo claros. Lo que parece estar fuera de duda, es que durante el Calcolítico se asiste a un momento de profunda religiosidad manifestada en una serie de monumentos arquitectónicos, de carácter funerario o sacro-funerario y, según se ha dicho, en un variado conjunto de objetos y manifestaciones artísticas que desde el principio se vienen vinculando al mundo espiritual-religioso aunque a veces se han llegado a cometer abusos, como indica J. Caro Baroja²¹. Generalmente se trata de objetos muebles elaborados sobre soporte diverso —hueso, piedra, cerámica, etc.— aunque también aparecen representados en pinturas rupestres esquemáticas²² y en va-

sos cerámicos²³. Aquellas piezas fueron consideradas «ídolos» y si es cierto que muchas de ellas son propiamente tales, otras tienen una más difícil interpretación aunque su uso pudo ser el ritual; por fin, incluso se dan casos en que queda clara una funcionalidad de orden práctico, como ha demostrado recientemente V. Hurtado²⁴. Dichos «ídolos» no responden a la representación pura del objeto sino a la de su concepto, esto es, la plasmación fiel de las realidades tal y como la Naturaleza las ofrecía había dado paso a una suprarrealidad, a la estilización, a la esquematización... Todo ello, sin duda, responde o es consecuencia de ese proceso de cambio estético y del concepto iniciado en el Neolítico por el que tienden a abandonarse las formas e imágenes realistas para adoptar otras con base a la plasmación ideal del objeto. Naturalmente, el grado de esquematización varía no sólo en función del tiempo sino que, además, van a influir el espacio y otros factores que guardan relación tanto con personalismos culturales como con el carácter específico de la representación.

Los objetos que tratamos aparecen, a veces en número apreciable, en los enterramientos en cueva, natural o artificial, en los sepulcros megalíticos o en los poblados.

Las clasificaciones

Fue L. Siret quien dio, a principios de siglo, la primera clasificación tipológica de los ídolos hispanos²⁵, aunque será el abate Breuil el que fije las bases al respecto, con su clasificación en VI tipos básicos²⁶. Años más tarde se ocuparán varias veces del tema Georg y Vera Leisner²⁷ así como el prof. M. Almagro. Este último autor, al dar al conocer el «ídolo de Chillarón», presenta una clasificación de XI tipos²⁸, posteriormente aumentada y algo modificada por M. J. Almagro Gorbea, y que exponemos a continuación:

²⁰ Con posterioridad a la Reconquista estos «caños» eran inundables por las aguas de lluvia y los desbordamientos del Guadalquivir, siendo posible navegar a través de ellos en pequeñas barcas.

²¹ J. CARO BAROJA: *Los Pueblos de España*. Madrid 1976, vol. I, págs. 51-52.

²² Ver P. ACOSTA: *La pintura rupestre esquemática en España*. Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología, I, Salamanca 1968.

²³ Aunque durante el Calcolítico-precambriano hay un considerable predominio de las cerámicas sin decoración, algunos vasos presentan decoraciones incisas representando esquemáticamente soliformes o esteliformes y oculados que a veces se acompañan con motivos animalísticos (ciervos); también se representan

«bitriangulares» que inscriben puntos, el triángulo sexual así como otros motivos.

²⁴ V. HURTADO: *Los ídolos del Calcolítico en el occidente peninsular*. Rev. Habis, 9, Sevilla 1978, pág. 358.

²⁵ L. SIRET: *Religioms Néolithiques de l'Ibérie*. Rev. Préhistorique, Paris 1908.

²⁶ H. BREUIL: *Les peintures rupestres schémiques de la Péninsule Ibérique*. Vol. V, Paris 1935.

²⁷ G. y V. LEISNER: *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel, der Süden, I*. Berlin 1943 y *der Westen, II*, Berlin 1959 y Berlin 1965.

²⁸ M. ALMAGRO: *El ídolo de Chillarón y la tipología de los ídolos del Bronce I Hispano*. Trabajos de Prehistoria, XXII, Madrid 1966, págs. 20-29.

- Tipo I. Idolo tipo El Garcel.
 Tipo II. Idolos cruciformes de tipo almeriense.
 Tipo III. Idolos betilo.
 Tipo IV. Idolos cilindro.
 Tipo V. Idolos tolva.
 Tipo VI. Idolos falange.
 Tipo VII. Idolos sobre huesos largos.
 Tipo VIII. Idolos placa.
 Tipo IX. Bastones.
 Tipo X. Lúnulas.
 Tipo XI. Hachiformes.
 Tipo XII. Idolos antropomórficos.
 Tipo XIII. Arbol de la vida.
 Tipo XIV. Idolos aberrantes.
 Tipo XV. Idolos ovoidales, perduraciones: tipo Chillarón y afines; ídolos estelas decoradas²⁹.

Las clasificaciones a las que hasta ahora hemos hecho referencia se apoyan, con más o menos rigidez, en la forma del soporte, aunque existen otras, como la de F. Jordá, en que el tema está planteado de forma diferente al basarse «en la representación figurada del objeto y su significado»³⁰. Distingue el último autor los siguientes grupos:

- I. Antropomórficos.
- II. Oculados.
- III. Elementos fálcos.
- IV. Idolos-placas.

III. IDOLOS OCULADOS, ÍDOLOS CILÍNDRICOS

Consideraciones generales

En este apartado nos toca abordar la cuestión en un doble aspecto. De una parte, el análisis del moti-

vo representado; de otra, el del soporte en sí. Respecto a la temática ha de señalarse que el motivo «oculado» o el de los «ojos-soles» no es exclusivo de la iconografía religiosa hispánica ya que está presente, en la segunda mitad del IV MIL. a. de C., en culturas del Próximo Oriente —Tepe Gawra³¹, Tell Brak, Palestina³², Hacilar³³, etc.—, igualmente se constata en las cerámicas mesopotámicas³⁴ o en las de la cultura siciliana de Stentinello³⁵. Un hallazgo reciente de un hueso largo en Gabán (Trento) con dicho motivo, como indica F. Jordá, «puede plantear un problema sobre su mayor antigüedad en Europa occidental»³⁶. Pero, si dicha temática es común al área Próximo Oriente - Mediterráneo, en la Península Ibérica adquiere una importancia y desarrollo singulares: se plasmará en pinturas rupestres esquemáticas —en Sierra Morena, en Extremadura, en el SE y en Levante³⁷—, sobre huesos largos, particularmente en el SE³⁸, o sobre falanges³⁹, en las cerámicas tanto del SE como en las de la zona portuguesa⁴⁰ y sobre soporte lítico. Esta proliferación del motivo «oculado», su relativa variedad en la representación así como la diversidad de los soportes, hicieron que desde antiguo llamara la atención de los investigadores. Estos, por lo general, buscaron afanosamente paralelos en Oriente, sin quedar satisfechos en la mayoría de los casos y hubo quien lo creyó un fenómeno hispano independiente⁴¹. Aún hoy no se ha llegado a la unificación de criterios sobre el origen, significado y paralelos, de lo que se tratará más adelante.

Lo que sí parece aceptarse es que se trata de una divinidad femenina, heredera quizás de aquella «Gran Madre» que surgiera en los focos neolíticos orientales, aunque éste sería un lejano precedente y, naturalmente, entre esta «Diosa Madre» y las esquemáticas representaciones calcolíticas existen eviden-

²⁹ M. J. ALMAGRO GORBEA: *Idolos del Bronce I Hispano*. B. P. H., XII, Madrid 1973, pág. 24.

³⁰ F. JORDÁ: «El arte de los pueblos eneolíticos», en *H.ª del Arte Hispánico*, I, 1 (*La Antigüedad*). Madrid 1978, págs. 117 y sig.

³¹ M. E. L. MALLOWAN: *Excavations at Tepe Gawra*, II. Philadelphia 1950.

³² K. M. KENYON: *Arqueología de Palestina*. Barcelona 1962. Idem: *Arqueología en Tierra Santa*, Barcelona 1963.

³³ J. MELLAART: *Excavations at Hacilar*. Edinburgh 1970. Idem: *Earliest Civilizations of the Near East*. London 1965.

³⁴ MÜLLER-KARPE: *Handbuch der Vorgeschichte*, II. *Lungsteinzeit*. 2 vol., München 1968.

³⁵ C. BERNABÓ: *Gli scavi nella caverna delle Arene Candide*, I.ª parte. Génova 1946.

³⁶ F. JORDÁ: *El arte...*, *op. cit.*, nota 30, pág. 121.

³⁷ P. ACOSTA: *La pintura...*, *op. cit.*, nota 22.

³⁸ F. JORDÁ: *El arte...*, *op. cit.*, nota 30, pág. 121.

³⁹ M. J. ALMAGRO GORBEA: *Idolos...*, *op. cit.*, nota 29, págs. 153 y sig.

⁴⁰ Ver: H. ALMAGRO y A. ARRIBAS: *El poblado y necrópolis megalíticas de los Millares*. B. P. H., III, Madrid 1963. G. y V. LEISNER: *Die Megalithgräber...*, *op. cit.*, nota 27. M. J. ALMAGRO: *Tres tumbas megalíticas de Almazaraque*. Trab. de Prehistoria, XVIII, Madrid 1965. Ver también nota 23.

⁴¹ N. ABERG: *La Civilisation énéolithique dans les Péninsule Ibérique*. Uppsala 1921, pág. 42.

tes diferencias no sólo estéticas sino, además —lo que resulta más importante— conceptuales.

Aunque la «diosa oculada» no lleva por lo general atributo sexual alguno, a veces debajo de los ojos se repite el motivo, lo que ha dado pie a interpretarse como senos; otras se asocia al triángulo sexual, hecho que igualmente corroboraría lo dicho. Además creemos, como ya se apuntó, no se trata de la representación pura de un objeto sino de su concepto esquematizado y desde este punto resulta innecesario la presencia del atributo sexual ya que en la mente de sus autores quedaba claro era una divinidad femenina.

La frecuencia con que dichas representaciones se encuentran en sepulturas megalíticas, aunque a veces están presentes en poblados, ha llevado a relacionar dicha deidad con la «muerte» o con la «vida», hecho que parece lógico si tenemos en cuenta la importancia que en los pueblos megalíticos tiene la ultratumba y la vinculación de la religiosidad a la muerte. En este sentido parece cuadrar la identificación de las representaciones que tratamos con la «lechuga», ave nocturna cuyos grandes ojos escudriñan en la oscuridad.

Autores como J. Caro Baroja, creen, es la representación de la Tierra, subrayando igualmente su carácter femenino así como su estrecha vinculación a los muertos⁴².

Ciñéndonos a las figuraciones oculadas sobre soporte lítico, hemos de señalar que pueden encuadrarse en tres grandes grupos:

- 1.º Idolos cilíndricos o cilindroides.
- 2.º Idolos de tendencia rectangular⁴³ y trapeciformes o «espatuliformes»⁴⁴, ambos de sección más o menos plana.
- 3.º Idolos-placa.

Sólo trataremos con profundidad, por el carácter y objetivo nuestro estudio, el primero de los grupos citados.

Son los ídolos cilíndricos, junto con las placas, los más específicamente hispanos. En realidad se trata de cilindroides, al no tener un diámetro uniforme ni formar su sección transversal un verdadero círculo.

Aunque es un grupo bastante homogéneo, existen variantes que están en función de los motivos grabados que se representan. Tenemos ejemplares totalmente lisos, otros que presentan ciertas decoraciones aunque no los ojos, y por fin, los más típicos cuyo tema principal son dos grandes «ojos-soles», no siempre ejecutados de forma idéntica, asociados en mayor o menor medida a otros elementos grabados secundarios; los dos primeros casos, creemos, son ejemplos de una «supresión consciente», como en el caso del atributo sexual se hace innecesaria la plasmación expresa del motivo.

M. J. Almagro Gorbea, con base sobre todo a M. Almagro, distingue, dentro de su tipo IV las siguientes variantes:

Variante A: «cilindros sin decoración».

Variante B: «cilindros de decoración simple». Sólo presentan dos simples líneas grabadas, o dos pares, levemente curvadas —tatuaje facial— y a veces dos pequeños puntos ahuecados.

Variante C: «cilindro de decoración intermedia». Los motivos grabados son también muy simples: se representan los ojos detalladamente (pupila, órbita, pestañas y cejas) y el tatuaje facial, líneas curvadas que acaban en la parte posterior en acusados zig-zags.

Variante D: «cilindro de rica decoración». Es muy semejante a la variante anterior, aunque ahora, además, aparece grabada la cabellera, en la parte posterior de la pieza, a base de líneas que caen de arriba a abajo en varios zig-zags en paralelo y que a veces abarcan también el círculo superior⁴⁵.

La autora citada cree que el «ídolo cilindro» es una derivación del betilo en cuanto al soporte, considerando a aquél como «no básico». Para ella el motivo decorativo lo tomaría de los falange. Además, pone en relación directa decoración-antigüedad —por lo que los cilindros lisos y los de decoración simple serían los más antiguos y darían lugar a los de intermedia y rica decoración—, así como con el factor geográfico de forma que para ella los lisos y los de decoración simple se encontrarían siempre en zonas periféricas, mientras que los otros «aparecerían

⁴² J. CARO: *Los pueblos...*, *op. cit.*, nota 21, págs. 51-52.

⁴³ El mejor ejemplo es el ídolo del Museo Arqueológico Nacional. Ver M. J. ALMAGRO GORBEA: *Idolos...* *op. cit.*, nota 29, lám. XXI.

⁴⁴ Ver: V. HURTADO: *Idolos del Calcolítico...*, *op. cit.*, nota 24, así como, *Los ídolos calcolíticos de «La Pijotilla» (Badajoz)*. *Zephyrus*, XXX-XXXI, págs. 165-197.

⁴⁵ M. J. ALMAGRO GORBEA: *Idolos...* *op. cit.*, nota 29, págs. 24 y 103 y sig.

siempre en lugares de hacia tierras del interior peninsular, en zonas de acceso no demasiado fácil»⁴⁶.

Nosotros creemos lo siguiente:

1. Que aunque el motivo de los «ojos-soles», según se vio, es común al Mediterráneo - Próximo Oriente, nuestras representaciones no tienen por qué ser eco de las de aquella área. Pudiera tratarse de un fenómeno paralelo independiente, esto es, de coincidencia, sobre todo teniendo en cuenta que nuestros cilindros no tienen paralelos exactos fuera de la Península. Y, si es indiscutible que la representación del motivo oculado tiene una mayor antigüedad sobre soporte óseo, no sólo en el ámbito peninsular, no creemos que nuestros cilindros sean una derivación de los betilos. Por otra parte, dentro de estos últimos habría de deslindarse los «betilos del SE», que serían objetos asociados al culto, de los del SO que parecen apuntar, en la mayoría de los casos, a piezas sagradas.

2. La ausencia o escasez de decoración grabada no debe interpretarse como sinónimo de una mayor antigüedad-origen. Las variantes de cilindros responderían a gustos o formas determinadas de plasmar en calcárea —mármol, alabastro y otra caliza— la misma divinidad, de forma que en cada zona habría una especial preferencia en la representación de la «diosa de los ojos».

3. No aceptamos la idea de que los ejemplares lisos y los de escasa decoración aparezcan siempre en zonas periféricas y los otros hacia el interior. Hemos de señalar al respecto lo siguiente:

— Existe un denominador común, el localizar los cilindros en las tierras llanas y fértiles del SO (llanuras litorales y valles de los ríos Tajo, Guadiana y Guadalquivir, particularmente en sus cuencas bajas y medias), por tanto existe una coincidencia de los ídolos que nos ocupan con zonas ricas desde el punto de vista agrícola.

— No puede hablarse en rigor de tierras interiores, se trata según se acaba de apuntar de una amplia zona periférica de neta vinculación atlántica. Las zonas algo al interior tienen siempre fácil acceso, particularmente por vía fluvial. Los escasos ejemplares hallados al interior cabe la posibilidad de considerarlos objetos «importados», con base a su marcada escasez.

El ídolo del Cerro de las Vacas; descripción y una aproximación a su cronología; paralelos (lám. III)

Como se indica en el título de este trabajo pretendemos dar a conocer el hallazgo fortuito, al realizar labores agrícolas, de un «nuevo ídolo cilindro oculado». Se trata de un ejemplar elaborado en caliza marmórea pulimentada de color blanco amarillento y tamaño poco usual; mide 28 cm. de altura, casi 5 de diámetro máximo en la base superior, que es convexa, y 5,4 en la inferior, siendo la pieza de perfil ligeramente ovalado ya que los extremos son algo más estrechos que el centro. Por sus características hemos de incluirlo en los llamados de «decoración intermedia» ya que sus motivos grabados se reducen a la representación, en el tercio superior del cilindroide, de dos grandes ojos tratados al detalle, las cejas y el tatuaje facial. Los ojos lo constituyen, en cada caso, un gran punto central ahuecado, profundo y levemente desplazado, una órbita ocular amplia y lisa, de aproximadamente 2,3 de diámetro, inscrita en una circunferencia dentada a modo de pestañas cortas (23 en derecho y 27 en izquierdo). Las cejas la forman dos bien marcadas líneas grabadas, levemente arqueadas, situadas encima de los ojos y cercanas a ellos. En la parte inferior de los mismos se representa el tatuaje mediante dos pares de líneas curvas, paralelas dos a dos, concéntricas a los ojos en la parte anterior de la pieza para terminar en las zonas lateral y posterior formando acusados zig-zags, igualmente paralelos dos a dos.

La sencillez decorativa así como su gran estilización, hacen que se destaquen los ojos más que en otras piezas.

Aunque, como señalamos, fue un hallazgo casual, el lugar es de sumo interés arqueológico dentro de la amplia zona ocupada por el yacimiento. En el área donde fue encontrado el ídolo estuvo enclavado un núcleo poblacional a partir del Calcolítico (principios del III MIL. p. del II MIL. a. de C.) de singular importancia. De allí proceden innumerables piezas arqueológicas —la mayoría dispersas en museos y colecciones privadas⁴⁷— entre las que destacan dos ídolos cilindros, uno de los llamados «de rica decoración» y que hoy se encuentra en el Museo de

⁴⁶ M. J. ALMAGRO GORBEA: *Idolos...*, *op. cit.*, nota 29, pág. 338.

⁴⁷ La mayoría de las piezas se encuentran en la Colección J. López, de Trebujena (Cádiz), así como en la de A. Pazos de Jerez de la Frontera.

Jerez de la Frontera (Cádiz)⁴⁸, y el segundo, del que ya dimos cuenta en otro trabajo⁴⁹, es del tipo «de decoración intermedia». Igualmente hemos documentado un «betiloide»⁵⁰, varias hachas y azuelas de piedra pulimentada, algunas de tipología antigua, así como cuchillos y piezas microlíticas de sílex. Además, en un reciente trabajo de prospección pudimos recoger fragmentos de cerámicas a mano, elaboradas a horno reducido, frecuentemente alisadas, sin decorar, destacando un fragmento de plato carenado, y parte de una pesa de telar del tipo denominado «creciente».

Con base al material reseñado y poniendo en relación nuestro ídolo con otras piezas y hallazgos creemos que hemos de fecharlo hacia la mitad del III MIL. a. de C. (2.500-2.300, aproximadamente) por tanto dentro de un Calcolítico-precampaniforme. Y aunque se viene señalando que, a veces, tal tipo de ídolos aparecen asociados a cerámicas con decoración campaniforme —nunca en estratigrafías— creemos es debido a que:

— En los núcleos poblacionales, tales como el Cerro de las Vacas, hay una continuidad desde el punto de vista de la ubicación del hábitat desde el Calcolítico hasta, por lo menos, época ibérica. Teniendo en cuenta esto es frecuente encontrar asociados materiales, en niveles superficiales y debido a las labores agrícolas profundas, de varios momentos cronológico-culturales.

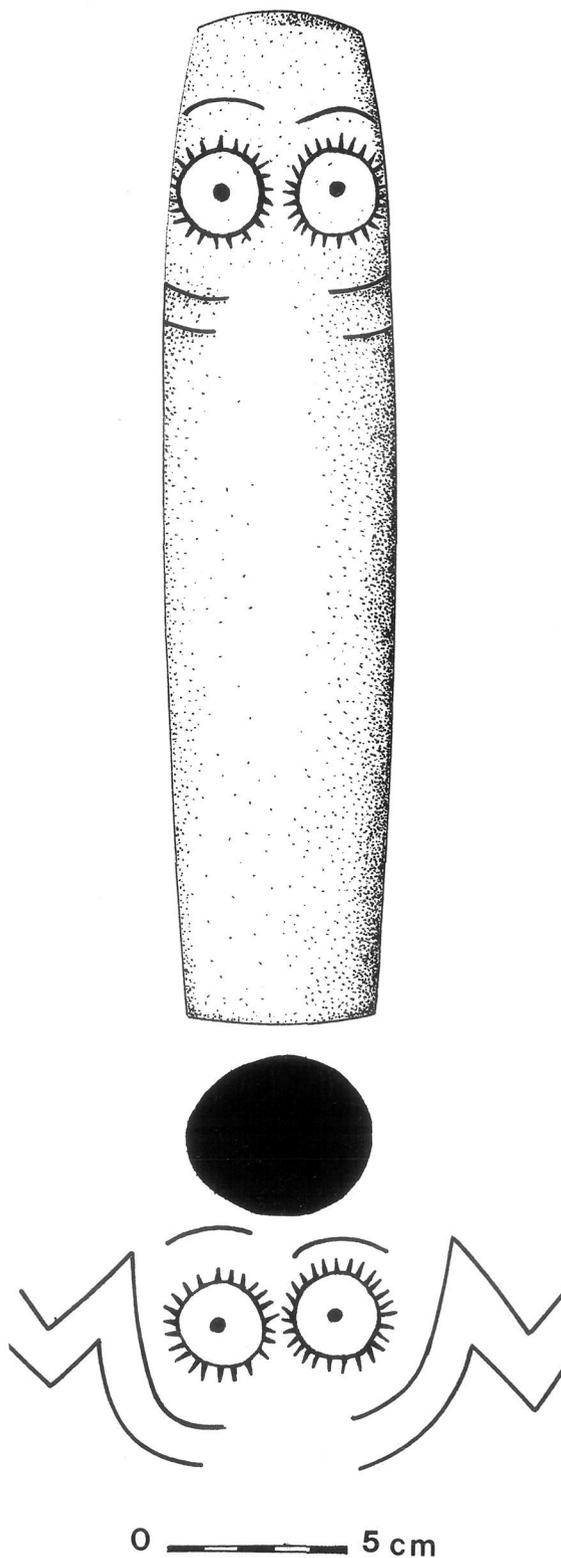
— A veces las gentes del campaniforme reutilizan monumentos megalíticos.

Por último, nos queda apuntar que nuestra pieza es de una rareza singular, pues la decoración grabada está a caballo entre los tipos del Algarve y los de esta misma zona. Las pobladas pestañas, cortas y pronunciadas, que salen hacia el exterior a partir de las circunferencias que inscriben a las órbitas

⁴⁸ Fue dado a conocer por M. Esteve (M. ESTEVE GUERRERO: *Idolo cilíndrico de mármol hallado en Lebrija (Sevilla)*. A. E. A., vol. XXXIV, 1961, pág. 161) y posteriormente da cuenta del mismo M. J. Almagro Gorbea (M. J. ALMAGRO GORBEA: *Idolos...*, op. cit., nota 29, págs. 135-136, lám. XVI, 1).

⁴⁹ A. CARO: *Idolos del Calcolítico de la zona de Lebrija (Sevilla)*. Rev. Mainake (en prensa).

⁵⁰ Fue recogido por nosotros en prospección. Se trata de un raro ejemplar elaborado en caliza de color blanco con pátina grisácea cuya forma oscila entre la troncopirámida y la troncocónica. Damos cuenta igualmente de él en nuestro estudio citado en la nota anterior.



LÂM. III. *Idolo y desarrollo de su decoración grabada.*

oculares y las profundas pupilas, los hacen idénticos a los portugueses. Sólo un ejemplar hallado en Valencina de la Concepción interpreta así los ojos, de entre todas las piezas hispánicas. La representación de las cejas y del tatuaje facial, en cambio, lo igualan a la mayoría de los ejemplares españoles dentro de su variante, particularmente con el ídolo

de Gamaza y con el de la Colección Prats de Barcelona⁵¹.

Resumiendo diremos que nuestro ídolo, hoy en la Colección Pazos de Jerez de la Frontera, constituye el eslabón entre los cilindros algarveños de «decoración intermedia» y los españoles de su misma variante.

⁵¹ Ver M. J. ALMAGRO GORBEA: *Ídolos...*, *op. cit.*, nota 29, págs. 128 y sig., fig. 22 y lám. XI y XII.